

El Huracán Sanitario

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTOR: HUBERTO DOMINGUEZ LOPEZ

AÑO II.

ALMAGRO, DICIEMBRE DE 1931

NÚM 18.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un año 3'00 pesetas.

No se devuelven los originales

Velasco - Sanmiguel

He aquí dos símbolos y dos incógnitas del Cuerpo de titulares. Símbolos, porque ambos representaron la esperanza de estos funcionarios para la consecución de sus anhelos. Incógnitas, porque ni del uno ni del otro hemos podido llegar a conocer el resultado de su gestión. Lo ha impedido la muerte.

Yo he combatido a los dos. Menos a Velasco que a Sanmiguel, porque el primero, más sereno, más juicioso, menos absolutista y menos vehemente, sabía aguantar la crítica sin protesta y sin exteriorización alguna de su disgusto, en tanto que el segundo, más vehemente y más irreflexivo, se acarreaba él mismo con sus protestas y su disgusto motivos y ocasiones para seguir combatiéndole. Pero ni del uno ni del otro fui enemigo jamás. Yo no soy enemigo de nadie. Combato sin enemistad cuando creo que obro en justicia. Pero nada más.

A la muerte del infortunado Velasco escribí un artículo, que no quise publicar por no aparecer como nota discordante entre los muchos compañeros que de él se ocuparon, sin que esto quiera decir que el escrito contuviera nada irrespetuoso para la memoria del bondadoso camarada. Ha tenido que suceder una nueva desgracia para que no pueda sustraerme al deseo de ocuparme de los dos. Con emoción, con sentimiento, con cariño; pero con justicia.

No soy yo de los que creen que la muerte lleve forzosamente tras sí la hora de las alabanzas, de las adulaciones, de las hipocresías, de los servilismos. Yo tengo un concepto mucho más elevado de la muerte. La muerte es para mí muchísimo más sublime. La considero la hora de la justicia aureolada con la clemencia. Creo que se honra mucho más e incomparable mejor la memoria de un muerto reconociendo sus errores y perdonándolos, que transformándolos injustificadamente en aciertos, para aplaudirlos sin razón sin medida y sin tino. Aplaudir los errores cometidos a quien abandonó este mundo es inferir un agravio a su memoria. Y yo no estoy dispuesto a agraviar a quien no puede defen-

derse. A perdonarlo, si, con alma y vida; a agraviarlo, jamás. Ni vivo ni muerto.

Tanto Velasco como Sanmiguel cometieron errores y desaciertos, este más que aquél; muchos más. Pero es una ineludible obligación perdonárselos, porque la indiscutible buena fe y la reconocida honradez que los presidieron les hace acreedores al perdón. Y no solo al perdón sino a nuestro agradecimiento eterno, porque si bien es cierto que se equivocaron, no lo es menos que lo hicieron trabajando con abnegación y con entusiasmo en pro de nuestra causa. ¡Qué importan los procedimientos ni qué importan los resultados, si la intención era buena! ¿Quién no se equivoca?!

Se ha dicho por alguno de los panegiristas del infortunado Sanmiguel, que su inesperada muerte ha sucedido cuando más necesaria era su existencia para la defensa de los intereses de los titulares; lo cual es un error. La presencia de Sanmiguel al frente de la Asociación de titulares en los momentos actuales, era un positivo perjuicio para nuestra causa, perjuicio que seguramente todos, sin excepción, hubiéramos preferido sufrir, antes de pasar por la desgracia que nos aflige. Las cosas como son. Hay que decir la verdad con valentía, que por eso se llama verdad y es obligación rendirle culto con preferencia a todo. Aunque solo sea por respeto a la muerte.

Para que a nadie pueda caber la menor duda del profundo sentimiento que me ha producido la muerte de los dos entrañables compañeros objeto de este artículo, es de necesidad sea conocida previamente mi excepcional manera de pensar respecto a la enemistad. Yo, como antes he dicho, no soy enemigo de nadie. Al combatir el criterio de cualquier otro ciudadano no hago más que ejercer un derecho perfectamente lícito, tan lícito, como el que ejerce aquel a quien combato sustentando un criterio opuesto al mío. Si por un egoísmo incomprensible e injustificado el combatido se molesta y se constituye en mi enemigo, lo lamento, aunque no lo pueda evitar. Y lo per-

dono. Al morir este enemigo, su muerte es para mí más sensible, si cabe, que la de un amigo entrañable, porque yo, del enemigo, espero todos los días algo bueno: su posible transformación en amigo. ¿Como no he de lamentar pues, la pérdida de la esperanza de que pudiera llegar un día en que me viera honrado con la amistad de estos compañeros buenos, abnegados, laboriosos, honrados y dignos? Y tanto más lamentable ha de ser para mí la muerte de Sanmiguel, cuanto que era más enemigo que Velasco. Mejor dicho: Velasco no fué enemigo. Fué contrario.

Honremos la memoria de los dos rectificando sus errores, glorifiquémosles continuando su obra, hagámonos dignos de ellos inspirándonos en su honrado proceder. Pero no aplaudamos desatinada y sistemáticamente sus desaciertos porque seguir tal conducta no es honrarlos; es escarnecerlos sacásticamente con una burla sangrienta. Y ni uno ni otro merecen ser escarnecidos. Justicia y clemencia es lo que su memoria merece. Escarnio, no.

¡Eran tan buenos!...

HUBERTO DOMINGUEZ

La Asamblea libre de titulares-inspectores anunciada para el día 10 de Diciembre y suspendida por la desgracia que todos lamentamos, estaba preparada todo lo caciquilmente que puede imaginarse. El Comité ejecutivo había *acaparado* el mayor número posible de representaciones para dar con ellas *pucherazo*. No perdamos de vista este importante detalle. La anunciada para el día 10 del próximo Enero va preparada con más neutralidad. Sin embargo, por lo que pueda ocurrir, preferible es asistir que confiar la representación a quien no se sabe como la va a utilizar. Los momentos son decisivos y hay que evitar sorpresas. No olvidemos que prevenir es más práctico que curar.